

Señor de la casa de San Millán; padres de D. Miguel que sucedió en la casa de San Millán y D.^a Teresa, que sucedió en el mayoragego de la Torre.

VI

El almirante D. Antonio de Oquendo. Nació en San Sebastián en 1577. Comenzó a servir con plaza de entretenido en las galeras de Nápoles en 1600; destruyó a los corsarios ingleses en las costas de Lisboa rescatando lo que por fruto de sus rapiñas se llevaban en 1604; obtuvo el mando de la escuadra de Cantabria, compuesta de las de Guipúzcoa, Bizcaya y Cuatro Villas en 1607; el de la armada de las Indias en 1611. Fué agraciado con el hábito de la orden militar de Santiago en 1614, con el cargo en propiedad de almirante general de la armada del Océano en 1626; levantó el sitio de la Mámora en 1627; ganó contra los holandeses la memorable batalla de Pernambuco en 1631; mereció ser honrado con plaza de consejero de S. M. en el de la Guerra en 1637; sostuvo el heroico combate, de las Dunas en 1639, y coronó su hazañosa vida con una muerte cristianísima, asistido por el P. Henao, en la Coruña el 7 de Junio de 1640.

JUAN CARLOS DE GUERRA.

(Se continuará)

SECCIÓN AMENA



Una interview con..

No sabrían ustedes con quién la tuve si yo no se lo dijera. La tuve... la tuve... (no, no hagan esfuerzos por acertar) la tuve con la señora Muerte.

Ni más ni menos. Así como á unos les da por hablar con Silvela y á otros por saber las impresiones de un hombre público, á mí me vino la ocurrencia de conferenciar con la fiera Parca.

Tenía vehementes deseos de hablar con ella acerca de la duración vital de nuestra madre Euskera, desde la noche aquella en que Unamuno nos dió la terrible noticia de que el bascuence iba... á MORIR.

Desde ese día me hallaba en continuo sufrimiento, queriendo, y no pudiendo obtener declaraciones de la temida del mundo.

Y anteayer, nosé por donde, vino á mis manos una carta, muy atenta, que se expresaba en los términos siguientes:

«Necrópolis, (aquí la fecha).

Sr. D. Pablo de Zamarripa y Uraga.

Muy señor mío: (¿Yo señor de la muerte? ¡Me alegro!): Si tan grandes son los deseos que usted tiene de hablar conmigo, se cumplirán sus anhelos, porque mañana iré á verme con usted á *la hora menos pensada*, según costumbre mía.

No tema usted de mi parte ningún desaguisado, pues iré sin guadaña.

Suya hasta la muerte,

LA MUERTE».

Una vez leído esto, me preparé lo mejor que pude para recibirla. No se hizo mucho esperar, aunque para decir verdad, vino á *la hora menos pensada*, pues estaba yo entonces leyendo un discurso parlamentario, menos lato que latoso

—¿Conque tiene usted deseos de hablar conmigo? ¡Atrevidillo es el mozo! ¿Sabe usted quien soy?

—Supongo que será usted la Muerte, pues esperaba hoy su visita.

—Muy bien. Y ¿qué quería usted saber de mi boca?

—Quiero saber si el bascuence morirá luego.

—¡Hombre, me gusta la pregunta! Me voy confirmando en la opinión de que usted es un tantico atrevidillo... ¡Por vida de...!

—Dispéñeme, señora, el atrevimiento.

—Dispensado está por hoy, y dispéñeme usted á mí el mal humor que tengo, pues no lo puedo evitar. Y luego dispensará usted que sea corta en mis declaraciones, porque tengo mucho que hacer...

—¿Segando?

—Sí, segando... Tengo que segar ochenta mil hilos de vida, próximamente, todos los días; y ya sabe usted... aunque el hilo de la vida sea muy ténue, ochenta mil hilos siempre son ochenta mil... Pero volviendo al hilo de nuestra conversación ¿porqué me dirige usted esa pregunta?

—Porque Unamuno nos dijo una noche que estaba próximo el día...

—Sí, tras la noche viene el día.

—Nos dijo que estaba próximo el día de la muerte del bascuence. Y yo, antes de dar crédito á esa noticia quería hablar con usted.

—Hace usted bien en no creer semejante mentira. No sea usted como uno á quien conozco, bascófobo de oficio con pretensiones de poeta, que tan á piés juntillas ha creído que morirá enseguida el bascuence, que está esperando verle sepultado para dar publicidad á un ríproso epitafio.

—De modo que no es cierto...

—Lo cierto es que los bascófobos desean la pronta muerte del bascuence, y ese deseo les hace creer que el bascuence no tiene muchos días de vida.

—Pero ¿hasta cuándo vivirá?

—Eco Dios lo sabe. A ciencia cierta yo puedo decir, sin temor á equivocarme, que Unamuno no vivirá el siglo XXI y que el bascuence podrá bailar aurrekus, si quiere, en dicho siglo, porque fuerza y agilidad para tanto ya las tendrá. ¿Queda usted ahora complacido?

—Sí, señora, y gracias.

—Pues ahora me voy, que estoy de prisa... y no me hallo bien sin mi guadaña, báculo de mi vejez

Sin más, se despidió la Muerte, y al momento desapareció de mi vista su simpática ó terrorífica figura, según se la mire.

Si no se hubiese ido tan pronto yo le hubiese pedido un favor, sin duda alguna.

Muerte de mi vida—le hubiese dicho—Muerte de mi vida, no os apresureis en descargar el terrible golpe de vuestra afilada guadaña sobre el cogote de ningún bascófobo. No hagais tal, que nos hacen pasar muy buenos ratos; pues gracias á ellos, nos reímos de vez en cuando.

PABLO DE ZAMARRIPA Y URAGA.

Septiembre de 1903.